

Reseña

-Francesco Berto & Matteo Plebani (2015),
Ontology and Metaontology. A Contemporary Guide
New York, Bloomsbury, Primera edición, 264pp.

Por *Marcel Chávez*
(Universidad Central de Venezuela)

El texto que a continuación os presentamos, en esta breve reseña, versa, como claramente indica su título, sobre Ontología y Metaontología. La obra, que cuenta con la autoría de los italianos Francesco Berto y Matteo Plebani, sirve de introducción al modo en que contemporáneamente se hace tratamiento, por ciertos círculos de investigación, a cuestiones ontológicas y metafísicas, y, claro está, gana en interés en cuanto estudio-guía de aquello que se ha denominado *Metaontología* (de reciente cuño, que, como indican los autores, es un término introducido al bagaje filosófico, por vez primera de forma explícita e ilustradora, por Peter van Inwagen).

El libro comienza (agradecimientos aparte) con una *habitual* introducción a las nociones de ontología, metafísica, *entre otras*, y a dar cuenta de la *curiosa* (y llamativa) expresión (la *disciplina*) que tan profundamente atañe al texto. Para esta sección (a modo de prólogo o introducción), que da inicio al desarrollo de la obra, los autores nos explican el modo en que la ontología se diferencia de otros saberes en función de su objeto, rastreando un estudio tal hasta Aristóteles (haciéndose, por demás, la salvedad, a veces ‘necesaria’, de que la noción no es introducida ni, por tanto, utilizada por el “Filósofo”). Tenemos que la ontología estudia *lo que es* [en tanto que *algo que es*], a diferencia de saberes particulares que dan cuenta de una ‘porción’ o parte de aquello que decimos que *existe*: en esto, precisamente, radica parte de la grandeza, diferencia y, a su vez, la problemática que subyace en tal investigación respecto a otros (saberes), pues, en efecto, ¿cómo dar con un objeto que, poca cosa, no es sino el ser en cuanto tal? De ello que la ontología fuese rechazada (en cuanto a su propósito), como se nos señala en el texto, tanto por la temprana filosofía analítica como por la filosofía neo-positivista. Empero, la ontología sería, con Willard Van Orman Quine, espectadora de su *renacimiento* al ser considerada, por el discípulo de Alfred North Whitehead, como un estudio descriptivo de *lo que hay* (metafóricamente, como un catálogo de los objetos del ‘mundo’), produciéndose, por tanto, un nuevo florecimiento en torno a las investigaciones relativas al tema en el pasado siglo (XX). Las,

por demás, problemáticas inherentes a la ontología, no obstante, persisten al preguntarnos, como hacen Berto y Plebani, por lo que quiere decir un estudio del ser en cuanto ser y por el modo en que un estudio tal ha de proceder (bajo qué formas se ha de llevar), cuestiones éstas con las que, seriamente, pocas veces se ha lidiado; es esto lo que guía la realización de la obra, como confiesan sus autores, y es a esto por lo cual la metaontología habrá de preguntarse.

De tal modo, es a partir de estas dos *meta-cuestiones* que se articula el sentido de la metaontología: por una parte, dar cuenta de aquello que entendemos por, o qué significa, ontología, y (dar cuenta de) la metodología por la cual ésta ha de guiarse.

En principio, los enfoques *aristotélico* y *quineano* respecto de la *ciencia de lo que hay* tienen preeminencia en la exposición preliminar que los autores nos presentan en su texto. Asimismo, a partir de lo que podríamos considerar como “*el giro metaontológico*”, contemporáneamente, encontramos el que cobrase vitalidad la cuestión del inquirir por el objetivo y fin de la ontología, desarrollándose, de tal modo, una multitud de enfoques que buscan dar respuesta al mencionado *asunto*; es en este contexto que los autores se explayarán explicándonos, en varios sectores de la obra (su segunda parte, principalmente), los distintos puntos de vista metaontológicos puestos de relieve ante la citada problemática.

Corresponde, igualmente, de forma preliminar, el tratamiento hecho a la metafísica, haciéndonos ver, los autores, la difusa frontera entre ésta y la ontología, y las recíprocas relaciones entre ambas “disciplinas” (de poder ser así llamadas). Aunque de forma muy breve, los autores dan cuenta de algunas de las significaciones que entraña la noción de metafísica en su uso a través de la historia de la filosofía. La metafísica, como un estudio sobre los fundamentos de la realidad podrá ser entendida, siguiendo a su vez la noción *quineana* de ontología, como lo que a ésta sigue, y la ontología como un preliminar (o propedéutica); así, la metafísica sería algo tal como la “escritura del libro del mundo” y la ontología *algo así* como el índice de contenidos de ese libro. Del mismo modo como podemos rastrear distintos problemas y cuestiones características a la naturaleza de la ontología, lo mismo, nos dicen Berto y Plebani, ocurre con la metafísica; hacer, pues, un tratamiento de tales cuestiones es objeto de la obra que reseñamos.

El enfoque *quineano* respecto a la *ciencia del ser*, anteriormente caracterizado en modo metafórico como un catálogo de los objetos del mundo, como acertadamente señalan los autores, plantea la pregunta sobre de qué forma un catálogo tal se diferenciaría de cualquier otro en nuestro proceder y uso cotidiano del lenguaje, y del proceder científico: qué, pues, habrá de

habilitarlo para ser *filosófico*; qué habrá de haber en él de propiamente *filosófico*; así, ¿el articular una lista de *lo que hay* (tarea, según se ha dicho, de la ontología) habrá de incluir conocimientos proporcionados por las ciencias o por el sentido común, o nuestro trato cotidiano con el mundo? ¿Valdrá una enumeración cualquiera de objetos como ejemplo para nuestro *catálogo ontológico*? Preguntas éstas de total pertinencia que, subrepticamente, *acecharán* a lo largo del texto. Los objetos concretos, materiales o físicos, y los *objetos abstractos* deberán ser, pues, cuidadosamente considerados dentro del marco ontológico, y la pertinencia de tal cuestión corresponderá a la tercera parte de la obra estudiada. Luego, ¿los agujeros existen o pueden existir? Basándonos, claramente, en el paradigma gnoseológico *kantiano*, ¿podemos conocer objetos que no se encuentran en relaciones causales, de los cuales no cabe intuición sensible alguna? O más aún, ¿podemos, con propiedad, afirmar que tales objetos existen? Así como la captación de objetos matemáticos, refiriendo al *catálogo* de los objetos del ‘mundo’, pueda resultar problemática dada la naturaleza del objeto, la no-aceptación de éstos se tornará, igualmente, problemática en función del conocimiento efectivo que nos proporcionan.

Advertiremos, en resumidas cuentas, que la tendencia a problematizar en torno al estatus ontológico de los objetos abstractos (como se mostrará en la tercera parte del texto) vendrá dada por una orientación de corte nominalista; así, a grandes rasgos, la obra nos presentará, en cierto momento, la, conocida, disputa entre el enfoque *platonista* y el enfoque *nominalista* en sus múltiples coordenadas.

Veremos realizada, asimismo, finalizando las consideraciones de los objetos de los que la ontología trata (o debería tratar), e igualmente finalizando la obra, una interesante problematización sobre la naturaleza del *acontecimiento* y sobre lo concerniente a éste (¿puede, un *acontecimiento*, estar dentro de la lista de *lo que hay*?), articulándose cuestiones respecto a la identidad y otras relaciones entre estos *objetos*. Al formular toda esta serie de interrogantes, por demás, podemos pensar, se da cuenta del carácter propiamente filosófico de la cuestión (sobre el quehacer de aquel que se enfrenta al *enigma* de *lo que hay*). No son, pues (tales problemas), característicamente de las ciencias o del *sentido común*; estas cuestiones no preocupan ni conciernen al *hombre común* o al científico en cuanto tales, y es que éstos no se preguntan sobre los objetos que deben estar incluidos en el catálogo de las cosas del mundo (el *catálogo ontológico*). ¿Ha, entonces, el trabajo del *ontólogo* (la elaboración de una analítica descriptiva),

ser, estrictamente, determinado o reducido por consideraciones del *sentido común*, o por el quehacer científico? Pregunta ésta que, pensamos, cabrá en las reflexiones finales del lector.

Ahora bien, el texto objeto de esta reseña cuenta, en su inicio, con una tabla de contenidos (un índice general), y con las respectivas referencias bibliográficas al final. Posee, además, un (común hoy día) índice de autores y un índice de temas tratados (los cuales siempre se agradecen en una obra filosófica). Cada capítulo está estructurado desplegando distintas divisiones (en casos, subdivisiones) en orden a su exposición; previo a su desarrollo, cada capítulo cuenta, por otra parte, con un *esquema* en el que se nos habla, *grosso modo*, de lo que a continuación se tratará, y al finalizar cada uno de estos (capítulos), se nos proporciona cierta bibliografía a modo de lectura adicional (de los temas tratados en el cap. en cuestión).

El texto, en fin, presenta la siguiente estructura: está dividido, tal como en un primer momento los propios autores nos hacen ver, en dos mitades, en las que, para la primera (que la constituye las dos primeras partes del texto), se hace un tratamiento a la metaontología a partir de la filosofía analítica, tomando como guía, en el primer capítulo, el *Sobre la denotación (On Denoting)* de Bertrand Russell, obra fundamental para el posterior proceder en la filosofía de *raigambre británico*. En este primer capítulo (con base a la citada obra) podemos encontrar una muy interesante presentación de los descriptores (descripciones definidas), su naturaleza y función; es realizada, pues, una introducción del descriptor a nivel formal. La noción de *cuantificación*, por demás, toma también un importante papel en este primer capítulo del texto en la explicación de las descripciones definidas; la misma (noción) será, asimismo, de gran importancia en todo el texto, tal como los autores nos expresan (p. 19ss). Luego, encontramos una básica y breve explicación de los cuantificadores, según como se presentan en la lógica de predicados (o lógica de primer orden). Igualmente, vemos expuesta en este capítulo cierta forma de ‘compromiso existencial’ en nuestro uso de los cuantificadores (específicamente respecto a los descriptores); podrá, luego, en base a lo manifestado por los autores, tomarse *On Denoting* como paradigma para dar respuesta a problemas clásicos de la ontología y la filosofía (en función de la cuestión que en principio se propone mostrarse). Para el segundo capítulo, se trata el enfoque *quineano* teniendo en consideración la obra *Sobre lo que hay (On whatthereis)*; aquí es articulada la pregunta base para la ontología según Quine, formulándose y determinándose el sentido del criterio del *compromiso ontológico*, que, en este marco, es aquello que permite la dilucidación de la cuestión: para responder sobre la existencia de objetos, debemos establecer los criterios según

los cuales un objeto existe o no (y así, igualmente, lo que se quiere decir con *lo que hay* o *lo que existe*). La pregunta por lo que hay, la cual puede presentarse con apariencia de trivialidad, pretende dar respuesta a la pregunta acerca de las entidades que constituyen la realidad, cosa, ciertamente, no carente de valor (p. 24); quizás la misma siga presentándose como una perogrullada hasta que inquirimos sobre *entidades problemáticas* como los entes concernientes a la matemática. Siguiendo el hilo de lo tratado, surge la pregunta sobre cómo poder determinar que algo *es* o que tal algo *existe*, para ello la “ontología” quineana recurre al criterio de identidad (cuyo *llamado* se efectúa en la celeberrima sentencia “no hay entidad sin identidad”): se *es*, así, en cuanto es posible determinar una relación de identidad de algo con otro algo (p. 25). En el tercer capítulo se procede a dar cuenta del enfoque estándar o modelo de la metaontología a partir de los trabajos de Peter van Inwagen (siguiendo la tónica de lo expresado en los primeros capítulos), acogiendo el itinerario *quineano* a partir de sus dos grandes aforismos (“ser es ser la variable de un cuantificador” y “no hay entidad sin identidad”).

En la segunda parte de la obra se articulan una serie de alternativas al *enfoque estándar* de la metaontología que se contraponen a éstas, arguyéndose el porqué del rechazo. En el capítulo cuatro, los autores nos explican cómo los *pluralistas ontológicos* y los *neo-fregeanos* pretenden dar diferente respuesta a la cuestión metaontológica; los primeros cuestionando el sentido unívoco en el que se concibe la existencia (aun cuando aceptan la determinación existencial –vía cuantificacional-), los segundos, aludiendo la prioridad de las categorías lingüísticas por sobre otros conceptos. En el quinto capítulo, se desarrolla el enfoque *carnapiano*, en el que la pregunta ontológica debe fundamentarse, o articularse, a partir de la distinción entre *preguntas internas* y *preguntas externas*, distinguiéndose, con anterioridad, entre aquellos filósofos(*escépticos*) que dudan de la pertinencia, importancia y significación de las preguntas ontológicas, y de quienes buscan darle respuesta a tales cuestiones (p. 68.); en el capítulo se presenta, también, la distinción entre *analítico* y *sintético* en el marco de la significativdad, tal como Carnap lo expone (siendo esto objeto de crítica por parte de Quine, quien lo considera un “dogma del empirismo”); se nos presentarán, luego, aquellos que, inspirados en Carnap (tal como es el caso de los *deflacionistas*) articulan una metaontología con base en el enfoque que aquél tuvo sobre la ontología (p. 72-3). En el sexto capítulo encontramos la exposición de la corriente *ficcionalista*, para la cual las afirmaciones referidas a entidades abstractas no deben comprometernos con la verdad o falsedad (en un sentido *objetivo*) de lo mentado. En el capítulo siete toca el turno de exponer la alternativa

neo-meignongiana, siguiendo la idea de que hay objetos, o clases de objetos, que, definitivamente, no existen; se presenta aquí un rechazo a la idea de comprometernos existencialmente en nuestro uso de los cuantificadores. Por otra parte, a grandes rasgos los *neo-meignongianos* también llegan a aceptar sentidos del ser no asociados al cuantificacional, idea que cobra relevancia, creemos, como un hacer frente a la estructura, hecha común, que toman otro tipo de enfoques *alternativos*. Cerrando la segunda parte, la noción contemporánea de *Fundamentación* toma el protagonismo del octavo capítulo en el que se analiza a la misma y los efectos de ésta en el actual quehacer metaontológico; desde este enfoque la pregunta ontológica da un giro, pasando de preguntar por la existencia de entidades (bajo la dimensión *cuantificacional*) a preguntar por el *lugar* que tales entidades ocupan en una estructura ontológicamente jerarquizada (la cuestión, en buena medida, nos parece llega a vislumbrarse en el preguntar si, las entidades, son *in se* o son *ad aliud*).

La segunda mitad del libro, compuesta por la tercera parte del mismo, cuestiona, ya directamente (pues es su propósito), la naturaleza de los objetos de la ontología; cuestiones como el inquirir sobre el estatus ontológico de los objetos abstractos sale a la palestra ante la puesta en duda por quien sólo acepta dentro del marco ontológico a los entes concretos individuales: los *singulares*. El capítulo 9 se encarga de ahondar en aquellos objetos matemáticos a los que designamos como *números*; se pone aquí en cuestión el modo en que los objetos de la matemática *son* (o *existen*). En el capítulo 10, luego del tratamiento hecho para ciertos objetos abstractos (i.e, los objetos matemáticos), se pasa a la consideración de otra clase de objetos de este mismo *tipo* (abstractos), poniendo en entredicho las afirmaciones que entienden a ciertos *entes* como *materiales*; se indaga, por tanto, por la naturaleza de un objeto en cuanto a aquello que lo constituye como tal, es decir, la materia o contenido del objeto tratado (p.e, ¿es ‘un perro’, un ‘perro’, o una expresión que pretende denotar un perro, y, de ser así, qué es ésta expresión? (p. 153) Esto dará paso al tratamiento de aquellas *entidades* que designamos como *proposiciones*; el problemático estatus de las proposiciones conducirá, en esto, a exponer las posturas (dando, claro está, razones) de quienes aceptan y de quienes rechazan el uso de las mismas, en íntima relación con el uso de los cuantificadores (p.155-57ss). Ante las cuestiones anteriormente suscitadas, Berto y Plebani expresan que los enfoques metaontológicos *alternativos* (no-estándar) pueden servir de ayuda ante la problemática que se presenta para el caso de ciertos objetos abstractos como las proposiciones, recurriendo a la teoría de la doble lectura de los cuantificadores de

Hofweber. El capítulo, en fin, cierra con una breve, pero interesante, indagación sobre la naturaleza ontológica de los valores éticos y los objetos de la moral como entidades abstractas (p. 161-2). En el decimoprimer capítulo la interrogante recae sobre los *mundos posibles*, ¿mas hablar de tales *mundos* implicará el referirnos a éstos como si hablásemos de nuestro mundo espacio-temporalmente determinado? ¿Valdrán, así, las mismas leyes? ¿Podremos pensar en mundos en los que no se apliquen las reglas que rigen al nuestro? De ser así, serán, efectivamente, posibles (mas, ¿en qué sentido?), de no ser así, al parecer no lo serán (posibles): cuestiones, todas éstas, concernientes al correspondiente estudio de esta particular sección del texto; este capítulo, por demás, nos habrá de sumergir de lleno en estos problemas al introducirnos al debate sobre el *realismo modal lewisiano* (David Lewis), proyectando interesantes opiniones a partir de los distintos enfoques metaontológicos. En el capítulo 12, Berto y Plebani nos invitan a dar cuenta de la perspectiva concerniente a los objetos físicos (o materiales), y la consideración que de éstos tienen algunos autores; ¿existe, en efecto, un coche, o aquello que justificadamente *es* son un conjunto de propiedades subatómicas? ¿Está justificada la relación entre las partes (elementos) de un todo (lo *compuesto*)? Se trata aquí, pues, de un análisis de los 'objetos materiales' sobre la base de la mereología; la distinción de estos objetos tanto en el espacio como en el tiempo y, por tanto, las relaciones de identidad que es posible establecer entre los mismos (identidad sincrónica e identidad diacrónica), igualmente, será aquí objeto de estudio. En el capítulo trece los autores dan un tratamiento a la cuestión de la naturaleza de los entes ficticios (personajes de ficción, novelas, cuentos, relatos, etc.: personajes literarios); vemos las posturas de quienes niegan la existencia de tales entes y de quienes la afirman (con las debidas restricciones). Finalmente, se da conclusión a la obra con el análisis llevado a cabo por los autores respecto a las *propiedades* y los *acontecimientos* dentro de la dimensión ontológica. Hablamos de los objetos que se encuentran en el mundo como *individuales*, y así tenemos un plexo de 'individuos' que conforman nuestro universo; no obstante, estos 'individuos' no los consideramos totalmente diferenciados los unos de los otros, pues, entre ellos mismos, muchos comparten ciertas propiedades, como, p.e, cuando decimos de aquellos entes que designamos como 'hombres' el que sean "animales racionales", así atribuimos a aquellos entes la mentada propiedad, y decimos, por tanto, que estos (todos) comparten tal característica. Dado el planteamiento según el cual sólo tenemos, dentro de nuestra ontología, objetos individuales, nuestros autores exploran la posibilidad de ampliar nuestro marco ontológico, considerando como parte de aquello que *es* (o que *existe*) las propiedades que

atribuimos a los entes individuales (tanto propiedades monádicas como propiedades poliádicas, relacionales), cuestión que, ineludiblemente, nos retrotraerá a una de las grandes polémicas filosóficas de todos los tiempos: el *problema de los universales* (hecho célebre en los albores de la escolástica medieval). ¿Podremos, no obstante, identificar a las *propiedades* con *universales*? Veremos que podremos tener nominalistas que, aun rechazando la existencia de los universales, aceptarán la existencia de propiedades (Lewis), o de ciertos objetos abstractos (Quine)-p. 213. En este marco se esbozará cierta relación entre el platonismo, tal como es entendido en el cap. 9, y el nominalismo tal como se entiende en el presente cap.; por otra parte, la consideración (de ser hecha) de las propiedades como *universales* o *entidades abstractas* trae, empero, ciertos problemas, como lo es el de la relación entre tales entidades y los entes individuales que con ellas se relacionan (p.214), de lo cual la legitimidad de la siguiente pregunta de hará patente: ¿son los universales *in re* o *ante re*? Tal tarea consumirá la primera parte de este último capítulo. Luego, en las postrimerías del escrito, a modo de cierre de la segunda y última parte de este último capítulo, Berto y Plebani finalizan con una breve consideración respecto a los 'acontecimientos', y el punto de vista que la ontología ha de hacerse de éstos.